

LEYENDA DEL CORTIJO DEL DUENDE

Magdalena Valenzuela Guzmán.

En Sierra Mágina están muy generalizadas las leyendas de duendes, seres misteriosos, de pequeña estatura, con poderes extraordinarios y fantásticos que en sus travesuras ocultaban objetos ó hacían desaparecer enseres domésticos, sembrando el terror en las casas donde se aparecían.

Características fundamentales de las leyendas es que el narrador no las ha vivido directamente, si no que tiene conocimiento de ellas a través de terceras personas. Así como que se refieren a lugares físicos concretos, conocidos por el narrador y el oyente y generalmente restringidos a la comunidad a la que ambos pertenecen.

Esta leyenda cumple las dos condiciones señaladas.

Hace tiempo en un cortijo cercano a Solera residía una familia, ocupada como era habitual en aquellos tiempos en las faenas del campo.

La vida en el cortijo transcurría plácida y felizmente. Pasaban los días, los meses y los años sin que nada alterase la paz familiar.

Pero un día empezaron a ocurrir hechos extraños y difícilmente explicables. Sin razón aparente, desaparecían objetos de uso común y posteriormente aparecían en lugares desconcertantes.

Cuenta la leyenda que lo primero que desapareció fue el cántaro en el que almacenaban el agua y que acababan de llenar en la fuente, por lo que estaban seguros de haberlo dejado en la cantarera. Lo buscaron durante horas sin resultado alguno y, cual no sería su sorpresa cuando al día siguiente apareció a la puerta del cortijo.

No le encontraron explicación lógica a este hecho, pero todo hubiera quedado en una anécdota si no fuera porque a los pocos días a la hora del almuerzo no hubo manera de encontrar las cucharas, siguieron buscando y buscando y no aparecieron hasta el día siguiente debajo de una de las camas.

Lo mismo ocurrió con un peine, con aperos de labranza, enseres domésticos, ropas de uso cotidiano y un sinfín de objetos que desaparecían de forma misteriosa y al día siguiente aparecían en los lugares más insospechados.

Estas situaciones se repetían un día tras otro sin que parecieran tener nunca fin.

La noticia de estos hechos corrió como la pólvora por toda la comarca y cada día acudían visitantes para ver con sus propios ojos o al menos escuchar en primera persona lo que allí estaba pasando.

Nos podemos imaginar el estado de ansiedad y nervios en que vivían sus moradores, sin saber que es lo que ocurría.

Se barajaron todas las hipótesis posibles. ¿Sería todo fruto de una broma de algún miembro de la familia? Comenzaron a desconfiar y a vigilarse unos a otros, pero ninguno detectó comportamientos extraños.

¿Sería posible que alguien ajeno a la familia penetrara en la vivienda sin ser visto y cambiara los objetos de sitio ocasionando tantos trastornos? Parece difícil, porque siempre había alguien en la casa y se hubiera descubierto al intruso.

Así se iba sucediendo una conjetura tras otra y se iban descartando y, una vez descartada la lógica, entró en escena la fantasía y se llegó a la conclusión de que en el cortijo habitaba un duende que se divertía haciendo travesuras.

La situación se volvió insostenible y la desaparición de objetos era constante, nunca aparecía nada en el lugar donde debería estar.

No encontrando solución y tremendamente asustados, la familia decide abandonar el cortijo y trasladarse a otro.

Cargaron sus enseres en el mulo y se marcharon, pensando que así solucionarían el problema, puesto que el duende quedaría para siempre en el cortijo abandonado.

Cuenta la leyenda que caminaba la familia junto al animal cargado con un serón donde transportaban los últimos enseres, dando gracias al cielo por haberse librado del duende de una vez y para siempre y que cuando ya estaban llegando al nuevo cortijo preguntó el padre ¿vamos todos? Y en ese momento asomando la cabeza el duende por encima del serón contestó: si, vamos todos.